

<https://doi.org/10.15446/mag.v39n1.118075>

PRESENTACIÓN 39-1

ARQUEOLOGÍA AL RESCATE: SABERES DIVERSOS, PARTICIPACIÓN ESTATAL Y RIESGOS DEL EJERCICIO PROFESIONAL

“Esto no va a ser como en las películas de Indiana Jones”. Esa fue la frase de bienvenida para varios grupos de estudiantes de las asignaturas de Arqueología en la Universidad Nacional de Colombia en los albores del nuevo milenio. Tal vez la saga de Indy, el profesor inglés de arqueología —representado por Harrison Ford—, que se dedicaba a recobrar reliquias perdidas, con frecuencia de las manos de los nazis, tuvo una cuota de responsabilidad en las expectativas juveniles y, por ende, en la frustración de quienes habían ingresado a las aulas con la intención de convertirse en venturosos investigadores del pasado. No obstante, la combinación entre vida académica y excavaciones de campo, cultura material y teorías del pasado, museos y política, etc., configuró durante la carrera nuevas expectativas y motivaciones en las y los educandos de la Universidad Nacional de Colombia y, posiblemente, en otras tantas del Sur global.

Un poco más recientes, las referencias a Lara Croft, heroína de videojuegos y protagonista de la saga Tomb Raider —en la piel de Angelina Jolie y, posteriormente, en la de Alicia Vikander—, aventurera arqueóloga que viaja libre por el mundo para recuperar la memoria de sus padres y de objetos sagrados, espejean en los esperanzados imaginarios actuales para las jóvenes que aspiran a ser profesionales de la arqueología. ¿Qué posibilidades hay de emular los logros de estos héroes y heroínas u otros equivalentes en satisfacción y poder cuando no existen la jugosa herencia familiar ni los ingresos que Lara devenga por los libros que narran sus aventuras? ¿Cuánta pasión, intrepidez o aventura reserva la arqueología a mujeres y hombres profesionales en antropología en Colombia, en América Latina o en el Sur global?

Este número de *Maguaré* aventura respuestas corrosivas a esas preguntas, para lo cual ofrece un conjunto de artículos de investigación y reflexión que analizan, desde diferentes miradas, los anhelos, el saber, el hacer y los riesgos del ejercicio de la arqueología como profesión. De esta

manera, reúne textos de académicos y académicas de larga trayectoria como Rafael Gassón, quien arroja una mirada crítica al devenir de ese campo en Venezuela y de profesionales de campo en Colombia como Inti Barragán y Alejandra Gutiérrez, quienes etnografían las realidades laborales signadas por la acumulación, las desigualdades del capitalismo global, la precariedad y, muchas veces, la ilegalidad. Estos profesionales de campo, como señala críticamente Gutiérrez y lo corroboran Liliana Buitrago y Lady Zuloaga, también enfrentan las violencias de género y el acoso laboral.

Mientras tanto, Sayari Campo, Jaime Clavijo y Rocío Salas subvierten la canónica relación sujeto-objeto entre arqueólogas y cultura material, reclamando en cambio la ancestralidad de la estatuaría de San Agustín, que la comunidad yanakuna llama *gente-piedra*. Pulsando una nota afín, Juan Sebastián Zapata desvela la labor de las etnógrafas de la Unión de Seglares Misioneros (Usemi) en la Sierra Nevada de Santa Marta entre las décadas de los sesenta a los ochenta que, a partir de la noción de “encarnación” de la teología de la liberación, “se hizo una” con las leyes indígenas mediante un “proceso de afinidad electiva”. Asimismo, Ricardo Borrero aboga por resguardar el galeón *San José* de los intereses políticos de los gobiernos nacionales en Colombia. Además, desde México, Laura Corrales, Isabel Beltrán y Sebastián Aguayo contrastan el desarrollo de la arqueología forense en su país con el caso colombiano, atados ambos a la desaparición forzada. Entre tanto, Lidia Iris Rodríguez, arqueóloga y funcionaria en una entidad pública en Guanajuato, México, explora las posibilidades que se abren al combinar la arqueología antropológica con la arqueología social, cuando la arqueología se pone al servicio del tejido comunitario y la dignidad en zonas marginales de la ciudad de León en pro de la preservación del patrimonio material.

Dos debates candentes atraviesan los artículos de este número. El primero pone sobre el tapete la *vocación* o la *función* de la arqueología y la labor disciplinar y profesional en relación con la sociedad, la formación académica, las comunidades y el Estado. Aquí, el análisis de Rafael Gassón ilustra el choque entre arqueología y nación. A partir de una comprensiva revisión de la literatura y de su experiencia investigativa, el autor plantea que la arqueología producida en Venezuela, inspirada por la arqueología social, se transformó paulatinamente en una herramienta de apoyo incondicional al nacionalismo y la Revolución Bolivariana

que arrojó una visión negativa sobre otras arqueologías (procesuales, ecológico-culturales, posprocesuales y hermenéuticas, entre otras). Acoplada con el creciente autoritarismo del régimen, esta visión no solo ha condenado los logros investigativos y sociales de esas arqueologías, sino que ha conducido al empobrecimiento de los enfoques teóricos y de la producción académica misma.

Otras voces también cuestionan la disciplina en Colombia. Sayari Campo, Jaime Clavijo y Rocío Salas apuestan por las voces indígenas yanakuna en torno a la *gente piedra* de San Agustín. Mientras que la institucionalidad estatal la define como patrimonio material que debe ser regulado, excavado y pone cortapisas al acceso de las comunidades indígenas de la zona, la comunidad yanakuna clama por proteger y nutrir su relación con estos seres no humanos que consideran sus ancestros. En una vuelta de tuerca, en este escenario la arqueología toma partido por la comunidad desde el reconocimiento de ontologías otras que cuestionan el *statu quo* de lo que conocemos como ancestral y patrimonial. En una perspectiva similar, Juan Sebastián Zapata sacude la mirada hegemónica masculina de la arqueología sobre los y las pobladoras de la Sierra Nevada de Santa Marta, centrada en su cultura material. En cambio, dota de carga etnográfica un archivo fotográfico que documenta cómo “las señoritas”, un grupo de antropólogas misioneras, tuvo acceso a las máscaras sagradas de los iku y kogui. Así, el autor nos reta a contrastar la arqueología clásica con la etnografía *insider* de “las señoritas”, una de las cuales llegó a ser tratada como par por los mamos y enterrada como integrante de la comunidad.

Por otro lado, en una línea argumental que resuena con la de Gassón, Ricardo Borrero adopta otra posición disidente, esta vez frente a la administración del patrimonio material sumergido; así, cuestiona la intervención público-privada que busca excavar el galeón *San José*. El autor alza la voz para destacar la necesidad de salvaguardar el conocimiento sumergido, una propuesta que va contra el afán con el que sucesivos gobiernos nacionales han buscado la excavación y recuperación del pecio, al identificarlo como engranaje clave de la identidad nacional. Finalmente, en la sección *En el campus*, Lidia Iris Rodríguez ofrece una perspectiva más cercana al quehacer institucional de un gran número de profesionales en la actualidad; se trata del desarrollo de un proyecto de intervención

y apropiación social de las ruinas prehispánicas de una región marginal signada por la violencia y la pobreza: Ciudad León en Guanajuato, México.

El segundo debate gira alrededor del quehacer de la arqueología: las condiciones laborales de las y los jóvenes, y no tan jóvenes, profesionales. A partir de una perspectiva que combina la economía política, la perspectiva crítica de género y la interseccionalidad, Alejandra Gutiérrez cuestiona el ejercicio de la arqueología preventiva en Colombia. Su texto, personal y situado, relata las experiencias de desigualdad y las violencias de género que ha vivido en la arqueología por contrato. Con una aguda mirada feminista y autorreflexiva, teje y destaca las historias que han formado su trayectoria laboral y que la han afectado emocional y corporalmente, a la vez que problematiza las relaciones de poder y el marco neoliberal que modela las interacciones entre colegas y superiores, mujeres y hombres, y profesionales de diversas disciplinas.

En sintonía con el artículo de Gutiérrez, Liliana Buitrago y Lady Zuloaga ponen el dedo sobre la llaga en las violencias basadas en género y sexuales que atraviesan la arqueología preventiva. Como las activistas y feministas que han sacado a la luz las violencias vividas por estudiantes, egresadas y profesionales de la arqueología en los espacios de formación superior y el campo profesional, Buitrago y Zuloaga problematizan las prácticas y relaciones que atentan contra la integridad de las arqueólogas en el contexto nacional. Con base en el análisis crítico y autoetnográfico de sus experiencias personales y las de sus colegas, proponen una clasificación de los patrones de comportamiento de los perpetradores de violencias de género y acoso laboral con el fin de identificar, cuestionar y transformar las acciones usual y persistentemente normalizadas en el gremio arqueológico.

En una clave afín, desde la perspectiva del riesgo, Inti Barragán compone una etnografía arqueológica de un proyecto de rescate realizado para una empresa privada en La Guajira. De esta manera, narra cómo él mismo, como *sujeto al rescate* del patrimonio material, se convirtió en *objeto de rescate* cuando fue secuestrado. Barragán retrata un escenario arqueológico atravesado por las dinámicas neoliberales de la extracción y la retribución económica. Su texto, además, hace eco del primer debate: postula que en el marco neoliberal la arqueología de rescate escenifica una supuesta construcción de identidad basada en el patrimonio, que habilita a las compañías transnacionales para que exploten los re-

cursos naturales nacionales, en desmedro del bienestar de comunidades locales y profesionales. En resonancia con esta perspectiva, pero desde una aproximación metodológica diferente, Laura Corrales, Isabel Beltrán y Sebastián Aguayo subrayan el riesgo personal que corren quienes trabajan en la arqueología forense en México, campo de trabajo que ha respondido a la necesidad de encontrar a las personas desaparecidas por la violencia del narcotráfico en ese país.

Precisamente, esta perspectiva resuena en el reciente informe de la Encuesta Laboral de Antropología y Arqueología generado por la Asociación Colombiana de Antropología (Acant). De acuerdo con la encuesta, la arqueología preventiva (27,2%) y sus campos relacionados (museología y arqueología pública, 7%; análisis de materiales o arqueometría, 6,5%; arqueología forense, 2,7%) componen en total el 43,4% del mercado laboral contemporáneo para profesionales en antropología y arqueología en Colombia: casi la mitad. La encuesta señala la arqueología —junto con su hermana, la antropología social— como una profesión de riesgo para quienes la ejercen: el trabajo de campo no cuenta con garantías ni condiciones suficientes que aseguren la integridad física, mental y moral de las personas que ejercen la profesión. Así, quienes ejercen la arqueología manifestaron que habían sufrido afectaciones mentales y físicas en un índice superior al 60% de los casos para la preventiva, y al 74% para la arqueología forense. Los riesgos acechan desde diferentes frentes: las acciones de grupos armados al margen de la ley, el acoso o violencia sexual, la exposición a agentes químicos no regulados e, incluso, la muerte. Asimismo, discriminan negativamente entre mujeres y hombres, y entre egresados de universidad pública y privada. Estas cifras dialogan con las narraciones y análisis cualitativos de Barragán sobre la precariedad laboral para la arqueología preventiva, a la cual se suman los riesgos de la exposición a eventos de violencia como lo documentan Corrales, Beltrán y Aguayo para la arqueología forense en México. La encuesta va más allá al mostrar que una alta proporción de mujeres profesionales enfrentan el androcentrismo de la disciplina, los sesgos de género y las violencias sexuales y de género en el campo laboral, algo que coincide con lo que plantean Gutiérrez, Buitrago y Zuloaga, quienes además subrayan los efectos de estas violencias en la salud mental y el desempeño laboral.

Al riesgo de ejercer se suma el riesgo de escribir sobre el ejercicio profesional. Quienes sometieron sus trabajos para este número nos manifestaron en varias ocasiones su preocupación, e incluso, en algunos casos, retiraron sus artículos por temor a que su publicación tuviera efectos negativos en su vida laboral. Ojalá no necesitemos una nueva arqueóloga, una especie de heroína cinematográfica como Wonder Woman, interpretada por Gal Gadot, para conversar y transformar la arquitectura institucional que rige la arqueología profesional en Colombia. Ante todo, urge que sus practicantes cuenten con buenas condiciones laborales, libres de violencias, antes de que esta combinación de circunstancias desemboque, como lo analiza sesudamente Gassón en el caso de Venezuela, en la casi total ausencia de conversación entre quienes trabajan en este campo y entre profesionales de la arqueología y el Estado. Con o sin el Lazo de la Verdad, debemos seguir conversando sobre la arqueología, su vocación, su función, las condiciones del ejercicio y las marcas de desigualdad y privilegio. Urge pensar y discutir sobre su geopolítica, su lugar en la sociedad y en un proyecto de nación incluyente y plural, invitación que hacemos en este número de la mano de quienes ponen su cuerpo en el campo, así como de las autoras y autores que valerosamente ofrecen aquí sus análisis.

MARGARITA DURÁN

MARTA ZAMBRANO

TATIANA HERRERA

PABLO SIMÓN ACOSTA

Equipo editorial

Este número ve la luz gracias a la iniciativa y visión de Margarita Durán, quien durante varios años nos ha acompañado en el trabajo editorial de *Maguaré*. Margarita ha sido motivo de inspiración para muchos otros números, siempre con ojo aguzado, alegría sin par y compañerismo desbordante. La despedimos con pena y a la vez con nuestros mejores anhelos para que sus nuevos rumbos le deparen plenitud personal y profesional.